

# ¿Qué hago yo aquí? Crónica de un día absurdo

Virginia Negro



MUCHO TIEMPO HE ESTADO DESPERTÁNDOME TEMPRANO. Este 19 de septiembre son las 6 de la mañana y estoy ya eufórica. Tengo la pésima costumbre de dormir con el teléfono móvil en la mesilla. Abro los ojos y lo enciendo.

Ha salido el texto que escribí sobre el feminicidio acontecido hace algunos meses en el Campus Universitario, mi editor me ha mandado un correo electrónico, le ha gustado, un medio importante nos ha contestado desde Italia mostrándose interesado por un trabajo audiovisual sobre la especulación urbanística que está destruyendo la comunidad del extrarradio de la Ciudad de México y sobre la que escribo mi tesis doctoral. Así que estoy contenta.

Llamo a mi madre por Skype. Luce el sol en la Colonia del Valle, mi barrio desde hace ya tres años. Ni siquiera he escuchado el simulacro del sismo del 85, que estaba previsto para las 11 horas de esta mañana. Justo hoy es el aniversario de uno de los terremotos más desastrosos del siglo xx, el mismo que hace 32 años puso en jaque a la capital mexicana.

Me pongo a escribir, estoy esperando a una amiga que tendría que llegar a comer, pero aquí, vistas las distancias, el metro saturado o la lluvia tropical que puede estallar de un momento a otro, la puntualidad brilla por su ausencia. Efectivamente, Shadia me manda un mensaje: “llegando, retraso. Cojo el metro ya”. Voy a la cocina, pico un poco de quinoa que he preparado mientras me siento delante del ordenador, trabajando. De repente el escritorio de mi habitación tiembla. Durante algunos segundos, cuántos, no lo sé —el primer efecto del terremoto es sacudir el tiempo—, pienso “si esto es el simulacro, qué mal gusto”. La potencia del temblor me demuestra claramente que no. Es un terremoto. Otro, de nuevo, uno de verdad. Ahora ya no hay tiempo de bajar, la única cosa que recuerdo: el triángulo de la vida. Me pongo bajo la puerta de la entrada, que da a las escaleras interiores de mi edificio. Después empiezo a gritar. No recuerdo bien cómo ha terminado, qué es lo que me ha hecho entender que por fin podía bajar a la calle, donde la gente lloraba y se abrazaba. Donde todos, aterrorizados, nos hemos encontrado tanteando los límites de nuestros temores.

Ha bastado tan sólo un instante para confirmar los presagios. La palinodia ha durado poco, y menos aún conmigo. Esta absurda broma de la naturaleza, la macabra réplica de aquel fatídico 19 de septiembre ha atacado de nuevo la capital, recordando que la Ciudad de México fue construida sobre tierra vulnerable, donde alguna vez hubo un lago. En los mismos puntos, Roma, Narvarte, Condesa, que tras 32 años y un potente fenómeno de gentrificación han vuelto a ser, más que nunca, los barrios de la buena vida, de la fiesta, de la gente “fresa”.

Mientras tanto yo estoy en zapatillas de estar en casa en mitad de la calle. Grandes trozos de la fachada han caído entre mi edificio y el establecimiento próximo. El móvil se ha vuelto loco y está casi sin batería, pero entre mensaje y mensaje, consigo responder a mi amiga Consuelo, que vive por aquí cerca. Quedamos a mitad de camino. Cuando la veo nos abrazamos con fuerza. A nuestro alrededor un bullicio caótico de personas y animales: estamos todos asustados.

La casa de Consuelo es nueva, un edificio con anchos muros. Decidimos que es el lugar más seguro y que pasaremos la noche en él. No hay luz ni gas. Entre las dos reunimos 100 pesos (5 euros). Compramos agua. Al igual que nosotras, decenas de personas están saliendo del supermercado con pan, botellas, latas.

Las horas en casa transcurren con nerviosismo, tratando de ponerse en contacto con el mundo exterior, con los seres queridos, con todo lo que ha sucedido a nuestro alrededor. También Consuelo es extranjera como yo. Ella es española, de Madrid. Me doy cuenta de que las noticias viajan velozmente, en la otra parte del globo todo el mundo se ha enterado, saben mucho más que yo. Desde Italia muchos me escriben preocupados.

Cuando el flujo obsesivo de comunicaciones empieza a menguar, vuelve el hambre y nos ocupamos una vez más de nosotras mismas. Inventamos estrategias más o menos probables sobre qué hacer, comemos, reímos y estamos en silencio. “¿Qué hago yo aquí?”, me pregunta Consuelo quebrando la pequeña quietud creada.

Al día siguiente decidimos trabajar juntas en casa, ha vuelto la luz. El hipo desesperado de un vecino es durante mucho rato nuestra única triste banda sonora.

Los próximos días los pasaré con Dora, otra amiga, porque Consuelo se marcha de viaje por trabajo y le deja su apartamento a Adeline, una compañera francesa que tiene un niño de tres años y navega en mis mismas condiciones, es decir, con todas sus cosas atrapadas dentro de un edificio dañado. No consigo dormir. Dora deja la puerta de su cuarto abierta, y también por esta razón la quiero muchísimo.

Inesperadamente encuentro un sitio en Coyoacán, el famoso barrio de Frida Khalo y Diego Rivera, al que puedo llevar todas las cosas que he ido acumulando en estos años. Y no son pocas. Los amigos me ayudan.

Entre tanto en mi edificio estalla el caos. Peritos, expertos informales, arquitectos con títulos colombianos

no reconocidos en México hablan de daños estructurales, edificios contiguos ruinosos... Yo simplemente decido marcharme. No merece la pena correr el riesgo, pero el administrador quiere obligarme a pagar una penalización por haber rescindido el contrato de alquiler antes de tiempo. Claramente me niego y voy a un abogado. El problema es que, si tienes un contrato en regla y eres extranjero, significa que alguien, en mi caso una amable señora que trabaja en una ONG, te hace de aval. Tengo miedo de crearle problemas. Aquí está mi presente.

Afuera miles de personas se están movilizand, 32 años después reaparecen cientos de miles de pequeños héroes. Pero no faltan los escándalos. ¿Por qué se ha derrumbado la escuela primaria de Enrique Rébsamen? ¿Por qué hay todavía tantos edificios que no se han sostenido tras 1985? Por no hablar de la historia surrealista de la pequeña Frida, la niña que ha dejado al país sin aliento durante horas de transmisión en directo, la misma que todos buscaban bajo los escombros y que no existe.

Son tantas las preguntas ahora.

Sí, Shadia está bien.

¿Por qué ha vuelto el terremoto?

Llegan continuamente mensajes sobre Jesucristo, la Cábala, el calendario maya.

Quizá, creo yo, ha vuelto para recordarnos cuál es el valor de la derrota, como decía Pasolini, una de las personas más importantes de mi vida. Porque una de las cosas que me ha enseñado el terremoto es que las personas importantes vuelven siempre.

Escribió Pasolini:

Creo que es necesario educar a las nuevas generaciones en el valor de la derrota.

En su gestión. En la humanidad que brota de ella.

En el construir una identidad capaz de advertir un destino común, donde se puede fallar y volver a empezar sin que el valor y la dignidad se encuentren afectados. En el no convertirse en alguien que se abre paso a codazos, en el no pasar por encima de los demás para llegar primero.

En este mundo de vencedores vulgares y deshonrosos, de prevaricadores falsos y oportunistas, de la gente que importa, que ocupa el poder, que ataca al presente, imaginémonos el futuro, a todos los neuróticos del éxito, de las apariencias, del llegar a ser algo... En esta antropología de vencedores, prefiero de lejos a quienes pierden. ■■■